

La encrucijada del lenguaje no sexista

Las propuestas de modificar el lenguaje que se hacen desde hace tiempo desde el feminismo y que han logrado calar en distintos ámbitos del Estado y los medios alternativos de comunicación, se han convertido en un problema. Personas ajenas al movimiento las ven como disparatadas e incluso para quienes somos feministas y trabajamos con el lenguaje como herramienta, es muy difícil incorporar cambios y lograr textos amenos e interesantes narrativamente. Estamos ante una encrucijada, ¿es posible salir de ella o el lenguaje está destinado a seguir generando molestias y quiebres? Aquí algunos apuntes para el debate.

Sonia Santoro

soniasantoro@artemisanoticias.com.ar

Es periodista y Licenciada en Comunicación, con un diplomado en género y comunicación. Es fundadora y Directora Ejecutiva de la Asociación Civil Artemisa Comunicación. Es colaboradora en el diario *Página/12*. Asesora en género y comunicación. Dicta cursos y conferencias de periodismo con perspectiva de género. Escribe artículos y libros y edita materiales sobre esta temática (y otras). En 2009 coordinó el video documental *La mujer mediatizada. Presencia Femenina en los medios argentinos* y editó el libro *¡Sin nosotras se les acaba la fiesta!*, ambos de Artemisa Comunicación.

Las redes sociales digitales han tomado una magnitud vertiginosa en los últimos tiempos. Sin embargo, para lograr la equidad y otras reivindicaciones del feminismo hay que seguir dando pelea en los grandes medios masivos. Y ahí, especialmente, se presenta el problema del lenguaje. “Podemos, pregunto yo, ser buenas reporteras o buenos reporteros si somos incapaces de cuestionar nuestro uso del lenguaje tradicional bajo el argumento de que es más fácil y rápido”, dice Lydia Cacho.¹

Retomando a Cacho, podemos preguntar también, ¿alcanza con cuestionar, si lo que tenemos para ofrecer son propuestas parciales?

Es difícil resignarse. Porque cuando cada día debemos enfrentarnos a nuestras computadoras y crear las historias que se leerán al día siguiente, no sólo necesitamos creencias o ideología con las que marcamos la orientación de lo que miramos sino soluciones concretas para aplicar a la escritura, que hoy por lo menos no son suficientes. ¿Tendrá esta discusión que quedar aquí? ¿Será el del lenguaje no sexista un problema sin solución? ¿Tendremos que conformarnos con plantear la complejidad del asunto aunque no tengamos respuestas esclarecedoras?

Amo el lenguaje, me encantan las palabras, me he enamorado de hombres que saben usarlas con elegancia o ironía, también de las mujeres que saben explotarlas enfáticamente en público. Me gusta encontrar la palabra justa para decir lo que estoy pensando, descubrir pensamientos bellamente expresados, descripciones tan vívidas como visiones. Por eso la cuestión del lenguaje me interpela, me incomoda y me modifica.

Cada vez me molesta más que las mujeres para nombrarnos a nosotras hablemos de “uno”, o cuando un salón está atestado de mujeres hablemos de “nosotros”. Cambiar eso que parece tan sencillo, implica todo un movimiento interno que seguramente empezará a reflejarse en nuestra escritura. Pero me sigo preguntando, a riesgo de ganarme muchas enemistades, ¿es suficiente frente al gran magma del que se nutren los medios masivos? ¿Podremos resignarnos a que no alcance?

Y también: en qué el lugar se encuentra el uso lenguaje no sexista cuando seguimos encontrando libros o investigaciones de académicas o activistas feministas que en sus primeras páginas aclaran que la intención del texto es no reproducir términos ni modos sexistas pero, ante las dificultades del lenguaje inclusivo, escriben con el que hemos heredado; y así se justifica una escritura casi tan sexista o patriarcal como la que se denuncia en otros ámbitos. Y esto no es una acusación, yo misma lo he hecho por la sencilla razón de que es imposible escribir textos que en su totalidad no sean sexistas.

Entonces la pregunta es: si nosotras mismas, que creemos en esto, no podemos hacerlo, ¿cómo es que pretendemos que otras personas, sectores, géneros, lo hagan? ¿Es suficiente señalar la falencia del lenguaje pero seguir

usándolo de la misma manera que decimos que nos oculta? Tal vez se pueden introducir conceptos o palabras que no sean sexistas y eso en si mismo ya es importante, como me apunta una feminista.

En un debate generado a raíz de la presentación del libro *Sin nosotras se les acaba la fiesta*, María Rigat -Pflaum, directora de Proyectos de la Fundación Friedrich Ebert en Argentina, tocó justamente este punto y dijo que no es suficiente con seguir poniendo ese texto aclaratorio sobre la necesidad del uso del lenguaje no sexista en los libros y que de ahora en más intentará que lo simbólico se vuelva palpable, y aplicará el lenguaje no sexista en la practica. ¿Podrá?

¿Estamos preparadas para esto? ¿El lenguaje nos lo permite? ¿Nos lo permitiremos nosotras? ¿O no depende de nuestra buena voluntad? ¿Basta con irrumpir en el lenguaje sin tener propuestas amplias e inclusivas de cambio?

Esta es, desde mi lugar de periodista preocupada por trabajar con enfoque de género, la encrucijada en la que nos encontramos hoy.

El lenguaje que masculiniza al mundo

A esta altura del desarrollo del feminismo en el mundo, el cuestionamiento al lenguaje que usamos por considerarlo sexista no hay con qué rebatirlo. Para quienes todavía tienen dudas, es interesante el planteo de María Luisa Calero,² ya que ella misma hizo un recorrido personal desde el rechazo total a la aceptación de cambiar el lenguaje para que no sea sexista: “Consideraba yo entonces que era un trabajo baldío el intentar eliminar las prácticas sexistas en el lenguaje mientras no se acabara con la desigualdad social por razones de sexo, porque mientras existiera una jerarquía sexual en la realidad seguiría existiendo irremediabilmente el sexismo en las lenguas. Y este argumento, como tantos otros a los que conviene poner en cuarentena, lo había tomado prestado de respetables colegas varones. Desde mi nuevo emplazamiento en la orilla opuesta, adonde no se llega sino por voluntad propia, me permito el lujo y me tomo la libertad de conceder un mayor protagonismo en cuanto ente activo al lenguaje, como utensilio que puede ir modificando en un grado importante nuestra visión del mundo”.

En primer lugar, repasamos, el lenguaje nos oculta a las mujeres. En segundo lugar, nos desprestigia, desprecia, discrimina.

El segundo punto es tal vez más evidente y por lo tanto más fácil de modificar, o por lo menos de denunciar y proponer cambios.

Se han hecho muchos análisis de diccionarios, que develaron la misoginia de sus redactores y lo sesgadas de sus definiciones. Mercedes Mediavilla Calleja, por ejemplo, analiza el diccionario de la Real Academia Española (RAE) desde el punto de vista de género partiendo de la premisa de que “un diccionario es el resultado de las condiciones en que se ha

elaborado y de la ideología y actitud de quienes han participado en su redacción, lleva consigo una determinada visión del mundo y contribuye además a forjar la visión del mundo de quienes lo leen”³. Estos estudios demostraron “la proclividad de reservar las cualidades heroicas y la fortaleza moral para los varones, y el halo despectivo que rodeaba hasta hace relativamente poco a la figura nutricia y procreadora de la mujer”.⁴ Y si bien se han modificado con los años, todavía hay resabios, como que “el Diccionario de la Real Academia de 2005 insiste en describir el adjetivo femenino, en una de sus acepciones, como ‘débil, endeble’”.⁵

Este sexismo se manifiesta en los duales aparentes (zorro/zorra, callejero/callejera; frío/fría, hombre público/mujer pública) o las asociaciones estereotipadas (hombre estresado/mujer histérica; chicas/hombres). Pero también se ve cuando a las mujeres se las nombra en diminutivo o sin apellidos, o cuando en ellas se destacan cualidades estéticas, mientras que en los hombres las intelectuales, es decir, cuando se habla de la belleza de la tenista más que de su juego (nota “Dulko le ganó a Sharapova el duelo de rubias en Wimbledon”, *Clarín* -24 de junio de 2009-) o de una pelea entre políticas por la ropa (“Envidia oficial. Cristina Kirchner en guerra por el look de Lubertino” *Perfil* -13 de junio de 2008-), entre muchas otras cuestiones.

El primer punto, que se refiere básicamente al cuestionado uso del masculino genérico para nombrar a hombres y mujeres, es el más difícil de modificar y es sobre el que me interesa detenerme. Tiene más que ver con el androcentrismo, que supone la ocultación de las mujeres y pone a los hombres en el centro del universo y del lenguaje.⁶

Sabemos que el masculino genérico discrimina. Que hablar de “los hombres”, como sinónimo de la humanidad, está olvidando a más de la mitad de la población; así como al decir “día del niño” está omitiendo a las niñas.

Sabemos también que hay numerosos manuales de estilo que dan estrategias para superar este entuerto. Entre ellas:

- Usar sustantivos abstractos. Usar la palabra *hombre* sólo cuando queremos hablar de género masculino.

- Usar para ambos sexos otros genéricos (persona, individuo, miembro) o colectivos (humanidad, gente)

- Usar los desdoblamientos: hombres y mujeres, o mujeres y hombres.

- Usar sustantivos genéricos y colectivos que refieran tanto a hombres como a mujeres (preferir *la ciudadanía* o *las/os ciudadanos* a *el ciudadano*).

- Aludir al cargo, profesión o título en lugar de la persona que lo desempeña (*En vez de los funcionarios nacionales, el funcionariado nacional*).

- Usar lo que se conoce como “aposiciones explicativas”, que clarifiquen

que el masculino está siendo usado de modo genérico (*Para los mayores de 65 años, tanto mujeres como hombres, la superintendencia...*)

- Usar determinantes sin marcas de género, como por ejemplo, *cada*, junto a sustantivos de una sola terminación. O usar pronombres como *quien* o *quienes* (en lugar de: *El usuario que hubiera pertenecido...; quien/quienes hubieran pertenecido*. En vez de: *Para los mayores de 65 años..., cada persona mayor de 65 años...*)

- Usar estructuras con *se* (*Se decidirá judicialmente* en vez de *el juez decidirá*).⁷

Todo esto está muy bien, y funciona, pero no siempre ni en todo tipo de textos. Si estamos tratando de cambiar el modo de nombrar el mundo ¿no deberíamos buscar que funcione en la mayor cantidad de casos posibles?

El riesgo de estas propuestas es que al formular las frases de manera que no sea necesario el género, también se oculta y se convierten en textos anodinos e impersonales. Algo que puede ser aplicado muy bien en el lenguaje administrativo pero genera muchas dificultades para ser usado en otros ámbitos. ¿Podemos escribir una nota, tal vez, pero una poesía, o un cuento, teniendo en cuenta estas recomendaciones?

El @, la x, el * y la /

Quienes saben de lenguas, dicen que los idiomas de origen sajón como el inglés no plantean gran variedad de situaciones duales de género, lo que no hace a estas sociedades menos machistas, ni menos violentas hacia las mujeres *per se*. Sin negar el sexismo en el lenguaje, Julia Kristeva “sostiene que el fenómeno no tiene que ver con la estructura interna de éste sino que es el efecto de las relaciones de poder dominantes entre los sexos. Agrega que el hecho de que se pueda modificar el uso del lenguaje, como lo han propuesto algunas feministas, demuestra que el lenguaje en si no es sexista”.⁸ Bajo esta idea es que se fundamenta la creación y multiplicación de manuales de lenguaje no sexista. El lenguaje, quizá, no es sexista, pero su uso reproduce una estructura social basada en desigualdades.

Por eso apelamos a los manuales de lenguaje, que también suelen hacer otro tipo de propuestas, como las invitaciones a usar la barra (las/los). Sobre este recurso, hay que decirlo, se abusa de una forma que llega a entorpecer cualquier lectura; además de que no es viable en la oralidad. Hay quienes opinan que el entorpecimiento se debe a que estamos acostumbradas a una lógica de lectura que se ha validado desde el androcentrismo y un tipo de conocimiento; y que en la medida que se vayan incorporando estos cambios, también la lectura será más fácil o agradable.

Desde el movimiento feminista, se propone la @, que estaría nombrando masculino y femenino al mismo tiempo. Una alternativa que no sólo tiene problemas de lectura oral sino que genera otras dificultades técnicas para

las personas no videntes, ya que en las computadoras los programas de lectura no saben identificar el símbolo. Por este motivo, y también por tratar de romper con el binario masculino/femenino, se usan también la x y el *, que estarían nombrando la multiplicidad de géneros posibles.

Estas opciones son impracticables en un texto periodístico que pretenda publicarse en un medio masivo (salvo contadas excepciones), así como en cualquier texto que quiera trascender espacios reducidos de militancia feminista (o la administración pública en el caso de la barra).

Por otro lado, generan muchas discusiones aún dentro del movimiento feminista. En la Red Informativa de Mujeres de Argentina (RIMA) surgió un debate interesantísimo sobre el tema en el 2007 y en el 2009 volvió a repetirse con más o menos los mismos ejes. Sobre ellos es que se inspiran estas líneas.

El impulso fundamental del cuestionamiento del lenguaje tiene que ver con la necesidad de moverlo, desacomodarlo, romperlo porque no incluye a las mujeres. Por eso muchas feministas intentan generar tensión, usando x o arrobas, que rompan con la dicotomía del género y que incomoden e incluso generen preguntas a quienes las oyen o leen.

Hay quienes llegan a saltarse letras al hablar y decir “nosotr@s” en lugar de nosotras o “ls niñ@s” en lugar de l@s niñ@s (reconocen que al principio las miran raro). También hay quienes proponen el uso de la “e” como símbolo de género indefinido: “Asunto: sobre les alumnes... Es que me harta que ahora todos y todas tengamos que hablar así, buenas noches ciudadanos y ciudadanas... El discurso se vuelve tedioso. Pero más me harta que se siga usando ese universal falso: ‘los hombres’, para referirse a hombres y mujeres. Entonces: hagamos algo. La arroba, bueno, está bien, pero no suena. Así que los plurales seguirán siendo masc. y fem., salvo cuando sean mixtos que se formarán con la E en lugar de la o y la a. “, dice Ivonne en Facebook, sintetizando un malestar que sentimos muchas.

También hay mujeres que usan la @ pero el æ (a + e) para que aparezca lo femenino cuando haya al menos alguna mujer entre el público receptor o al que se esté nombrando, evitando de esta forma uno de los grandes problemas que plantean estos símbolos: ¿su aparente neutralidad e inclusividad no está en realidad invisibilizando a las mujeres?

“Aparecen propuestas para neutralizar el lenguaje bajo el argumento de que nombrar a las mujeres es cansador, agotador. Por ejemplo, cuando decimos ‘los y las’ u ‘hombres y mujeres’, etc. Es como bien pasa con el género, que se dice *violencia de género* en vez de *violencia contra las mujeres* y resulta que como dice Joan Scott ‘el bando oprimido desaparece’. Es decir, desaparecemos por esos supuestos neutros que debemos asumir. Creo entonces, que la arroba, el asterisco y la x simplemente no evidencian lo que como feministas debemos nombrar. Y es una reflexión que debemos

hacer todas las feministas”, planteó la feminista Ochy Curiel en pleno debate en la lista RIMA.

También vale preguntarse qué es lo que se busca con el lenguaje. ¿Al comunicar algo pretendemos que nuestro mensaje llegue a cada vez más gente o pretendemos quedarnos en un círculo de entendidas? El público no entendido debería poder empezar a comprender de lo que habla el feminismo porque sino el cambio profundo en la vida de las mujeres no se va a producir.

Y además ¿desde qué lugar nos paramos para producir nuevos lenguajes? ¿Quién los define, solo la academia o el activismo?

Se pueden reinventar los modos de expresarnos, eso no está puesto en cuestión. Pero creo que hay que seguir dándole vueltas al asunto sin dejar de olvidar que el objetivo último es producir cambios en las vidas de las mujeres y para esto es necesario ampliar la base del movimiento. Necesitamos, simplemente, lograr entendernos en la vida cotidiana usando lo que permita relacionarnos con la mayor cantidad de mujeres.

Qué hacemos en los medios

A fines del año 2008, entrevisté a periodistas y directivas de medios de comunicación para el video *La mujer mediatizada. Presencia femenina en los medios argentinos*⁹, y les pregunté sobre el lenguaje que usaban. Fue uno de los temas más ignorados o ninguneados de todos los planteados acerca de la discriminación de las mujeres en los medios. Aquí algunos ejemplos:

“En cuanto a las palabras y el problema con el género, presidente, cliente, etc, no hay una posición tomada, a mí en particular por ejemplo no me gusta presidenta, me parece que es una sutileza, que no tiene ningún sentido cambiar la vocal del final a la palabra cuando el sentido no se ve alterado, es decir presidente es el que preside o la que preside, así como amante es el que ama o la que ama, así que no me parece que por un cambio de vocal se jerarquice o se disminuya a una mujer. Por lo demás obviamente no utilizaría palabras, ni expresiones que sean ni agresivas ni groseras ni discriminatorias contra las mujeres, eso desde ya que no”. (María José Grillo, directora editorial de la revista *Cosmopolitan*).¹⁰

“Yo digo presidenta, por ejemplo. Hay una presidenta de la Corte Suprema de Justicia y por qué no la presidenta de la Nación. Me parece que no es una polémica importante, que lo importante son los hechos y la realidad de la mujer en la sociedad, más que si la nombraste en femenino o en masculino.” (Silvia Martínez Cassina es la cara femenina del noticiero del mediodía de Canal 13).¹¹

Algunas, transmitieron la discusión superficial sobre el lenguaje que

llega a los medios y la falta de líneas editoriales en relación a esto:

“Usamos, vos sabés que la presidenta en la agenda lo ha puesto. Es decir y lo usamos, ya lo he hablado con los jefes para que no pongan, que no hablen de Cristina Kirchner, sino de Cristina Fernández. Y ahora se está instalando bastante ese tema”. (Zulma Richard, gerencia periodística de Radio Nacional).¹²

“Deberíamos tenerlo con más profundidad. No hay un debate como tal planteado en el núcleo del noticiero, quizás sí es algo que los redactores discuten con el jefe de noticias y cuando surge alguna nota en especial quizás nos pongamos a trabajar en eso, pero no algo que hayamos intentado exponer como línea editorial.” (Paloma García, subdirectora de noticias de Canal 7).¹³

Y otras, periodistas comprometidas con las mujeres y que trabajan con perspectiva de género, plantearon las dificultades, propias y por la falta de políticas públicas en este sentido, que encierra el uso de un lenguaje no sexista.

“Es muy difícil porque sin darnos cuenta, aún teniendo conciencia, tenemos muy incorporado un lenguaje sexista. Además, cuando digo ‘es necesario que nosotras tomemos conciencia,’ además digo algunos órganos de control también deberían hacer campaña sobre esto, estoy pensando de pronto en algunos órganos como el COMFER, la Secretaría de Medios, sobre esto habría que trabajar, habría que dar cursos, habría que incorporar determinadas cuestiones, pero creo que es difícil, creo que tiene que ver con campañas públicas muy activas”. (Luisa Valmaggia, periodista¹⁴)

“Es uno de los temas más difíciles de abordar porque las propuestas tienen que ser o muy inteligentes en principio para que no sean tomadas por el lector o la lectora como una traba. Si yo todo el tiempo digo la, lo, barra, arriba, estoy expulsando lectores y lectoras, y la Argentina en estos momentos no está en condiciones de generar eso. Especialmente hay que tener cuidado porque en los temas de género se ha avanzado mucho más en lo académico, hay muchas más investigadoras, historiadoras, sociólogas y filósofas que la gente común, incluso que las periodistas. Entonces es riesgoso que se convierta en un símil lenguaje académico y no en un lenguaje popular. Yo soy periodista porque creo en el feminismo popular y en llegar a la gente”. (Luciana Peker, periodista *Las/12, Página/12*)¹⁵

Lo que quiero decir trayendo estos testimonios es que el campo del

periodismo -y de muchas otras profesiones- está lleno, salvo excepciones por supuesto, de personas que se mantienen totalmente afuera del debate y a las que les interesa poco saber algo más.

Otra cuestión es que aún quienes creen en la importancia simbólica de cambiar el lenguaje, no encuentran herramientas posibles para modificarlo. Luciana Peker, en esa misma entrevista, dio una pista interesante para apropiarnos del lenguaje en un sentido político. Por ejemplo, el uso de la palabra femicidio: “(es) una palabra clave, es muy chiquita, no te embarra un texto, o sea, no lo convierte ilegible, y sin embargo es muy claro y me parece que eso, esas pequeñas palabras sí tienen mucho valor de transformación más que generar textos imposibles de leer. Y que ahí sí tiene que ver un poco la libertad de las periodistas y de los periodistas por ver en qué palabras y en qué términos ponemos nuestras fichas de cambio”.¹⁶

Claro que esta propuesta no apunta al problema del androcentrismo (así como a muchos como el binarismo de género, el heterosexismo, el racismo, el clasismo) pero lo pequeño muchas veces tiene y adquiere una fuerza que se nos escapa (si se pudiera hacer una lista de estas palabras quizás podría ser una buena continuidad).

No quiero plantear con esto que hay que claudicar en el intento. Las palabras crean subjetividades, ya se ha dicho, y realidades sociales. El lenguaje está en construcción, y modificación permanente también. ¿Pero cómo incorporar esta necesidad de cambio del lenguaje a un proceso cultural cada vez más amplio y profundo? Hay que seguir tratando de repensar el lenguaje, incorporar palabras, dejar de usar otras, renegar de muchas pero sin olvidar también, como decía, quien está del otro lado y cómo lo está recibiendo. “Ir viendo dónde a una le parece que hay algo que encaja y que realmente tiene mucho significado -sigue Peker-, dónde hay palabras que, aunque no son perfectas la gente entiende de lo que se está hablando. Por ejemplo, hay un replanteo del término violencia doméstica en términos académicos pero la gente entiende de qué se trata esto, entonces me parece bien seguir usándolo porque estamos muy atrasados en los medios de comunicación como para tomar todos los avances que traen las investigadoras”.¹⁷

El lenguaje que estamos construyendo no puede transformarse en un problema, en una armadura de la cual sea imposible salir, en un corsé que nos saque la respiración o las ganas de hablar, y menos que menos en un cinturón de castidad que controle nuestros deseos. Ya hemos superado todo eso.

Prefiero un lenguaje más cercano a la libertad y a la poesía. Una forma de hablar que me de autonomía y que no se transforme en un obstáculo. Expresiones con las que pueda soltarme y nombrar sin tantos miramientos. Ya es bastante difícil tener algo para decir como para andar llenándonos de trabas.

Por todo esto, para cerrar estos apuntes a un debate que no tiene intenciones de terminar, cito aquí un poema de Liliana Daunes y Claudia Korol, en el que sin dejar de denunciar hablan del lenguaje con épica.

“Un niño y una niña no son dos niños.
Una niña no es el femenino de un niño.
Una niña cuidando a un niño no es una madre.
Un niño que crece no es un juguete.
Un niño que roba para comer no es un delincuente.
Un niño preso es una acusación para nuestra pretendida humanidad.
Un revólver de plástico no es un juguete, sigue siendo un revólver.
Una niña anoréxica no es una Barbie.
Un niño o una niña desnutridos son un grito que no calla nunca. Nunca.
Un niño o una niña golpeados son nuestros sueños lastimados.
Una niña que prostituyen no es una prostituta. Es una víctima del abuso sexual. Una víctima también de nuestra indiferencia.
Un niño que trabaja no es un trabajador. Es una víctima del capitalismo.
Un niño que golpea a una niña, no es una sorpresa. Repite la antigua historia que aprendió de padres y abuelos y bisabuelos.
El maltrato hacia la mujer es tan antiguo como el patriarcado”.

Notas

¹ Cacho, Lydia, “Un manual para el buen periodismo” en *Hacia un periodismo no sexista* Edición Comunicación e Información de la Mujer (CIMAC), Ciudad de México, 2009.

² “Del silencio al lenguaje (perspectivas desde la otra orilla)”, en *En femenino y masculino*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer, Madrid, 1999.

³ “Aproximación a un recorrido por el diccionario de la Real Academia Española: representación de mujeres y hombres” en *En femenino y masculino*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer, Madrid, 1999.

⁴ Bordelois, Ivonne, *A la escucha del cuerpo. Puentes entre la salud y las palabras*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2009.

⁵ Idem.

⁶ “Lenguaje” en Gamba, Susana, *Diccionario de estudios de género y feminismos*, Editorial Biblos. Buenos Aires, 2009.

⁷ Medina Guerra, Antonia M. (Coordinadora), *Manual de Lenguaje Administrativo No Sexista*, Asociación de Estudios Históricos Sobre la Mujer (Universidad de Málaga) en colaboración con el Área de la Mujer, Ayuntamiento de Málaga, 2002.

⁸ Ibidem Gamba Susana.

⁹ Michanié, Matilde, Santoro, Sonia, *La mujer mediatizada. Presencia femenina en los medios argentinos*, corto documental, Asociación Civil Artemisa Comunicación, Buenos Aires, 2009. http://www.artemisanoticias.com.ar/site/mujer_mediatizada.asp.

¹⁰ Santoro, Sonia “Chica cosmo por la igualdad”, *Artemisa Noticias*, 2/10/2009.

¹¹ Santoro, Sonia, “En televisión hay una visión machista”, *Artemisa Noticias*, 26/6/2009.

¹² Santoro, Sonia “En los cargos altos, te tenés que imponer”, *Artemisa Noticias*, 30/10/2009. fijate si podés eliminar este interlineado, no pude

¹³ Santoro, Sonia, “La igualdad en los medios es una pelea constante”, *Artemisa Noticias*, 16/6/2009. fijate si podés eliminar este interlineado, no pude

¹⁴ Santoro, Sonia, “Los medios siguen apuntando a la ama de casa”, *Artemisa Noticias*, 9/9/2009. fijate si podés eliminar este interlineado, no pude

¹⁵ Escudero, Carolina, Santoro, Sonia, “Creo en el feminismo popular y en llegar a la gente”, *Artemisa Noticias*, 15/7/2009.

¹⁶ Ibidem.

¹⁷ Ibidem.

Bibliografía

Bordelois, Ivonne, *A la escucha del cuerpo. Puentes entre la salud y las palabras*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2009.

En femenino y masculino, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer, Madrid, 1999.

Gamba, Susana *Diccionario de estudios de género y feminismos*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2009.

Hacia un periodismo no sexista. Edición Comunicación e Información de la Mujer (CIMAC), Ciudad de Mexico, 2009.

Medina Guerra Antonia M. Coordinadora, *Manual de Lenguaje Administrativo No Sexista*, Asociación de Estudios Históricos Sobre la Mujer (Universidad de Málaga) en colaboración con el área de la Mujer (Ayuntamiento de Málaga), 2002.

Michanié, Matilde, Santoro, Sonia, *La mujer mediatizada. Presencia femenina en los medios argentinos*, corto documental, Asociación Civil Artemisa Comunicación, Buenos Aires, 2009. http://www.artemisanoticias.com.ar/site/mujer_mediatizada.asp.